

## **Misa por la Nación (09-10-23)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas

Querido señor Mayordomo General de la Hermandad del Señor de los Milagros, José Soto Parra, y toda su junta directiva.

En esta Misa por la Nación venimos siempre a encomendar nuestro país al Señor de los Milagros, pidiéndole que nos ayude en las situaciones que vivimos. Y lo hacemos porque a Dios solo lo encontramos en Jesús, y Jesús se ha encarnado en nuestra historia, y nos disponemos a reencontrarlo en cada momento de nuestra vida.

El símbolo de nuestra procesión que camina con el Señor, como dice el Papa Francisco, sale a “callejear”, y es para que Él pueda “misericordiar”, es decir, irradiar su misericordia y amor gratuito a todos los peruanos y volvernos a todos misericordiosos.

Por ello mismo, el Señor sale para que en la vida cotidiana, en todos los acontecimientos y dificultades humanas, sociales, históricas, aprendamos a reconocerlo presente, y actuemos, según nos indica su Palabra, y vayamos transformándonos en milagro cada uno de nosotros y todos para todos. Y, ¿por qué? Porque, como todo humano, nosotros somos seres religiosos naturales que, a veces, generamos nuestra propia religiosidad a nuestro estilo, nos dirigimos siempre a un absoluto, buscamos el sentido, pero no siempre la religiosidad nuestra coincide con la voluntad de Dios Padre, porque a nuestra religiosidad

agregamos nuestros problemas, nuestros intereses, los mezclamos. Por eso, el Señor de los Milagros sale a nuestro encuentro para ir más allá de nuestro propio interés, meta, idea o costumbre.

Y todos buscamos a Dios y queremos tener vida eterna, como dice el legista al Señor en el Evangelio de hoy (Lucas 10,25-37). Y sabemos que para ello la ley dice: *“Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo”* Y que hacer esto, también nos dice la ley, es vivir, pero se requiere algo más que un cumplimiento formal: se requiere identificar todo el tiempo la presencia del Señor en nuestra vida y, sobre todo, en los desvalidos, en los golpeados, en las personas que sufren, en los que han sido maltratados, y dinamizar nuestro ser hacia ellos donde mora Dios. Esta es la aventura permanente del ser cristiano, de salir hacia Dios y encontrarlo en los marginados, para que así podamos encontrar a Dios Padre que se nos ha revelado en Jesús.

Cuando hacemos la procesión todos los años, casi es una “liturgia” masiva entre todos nosotros, porque es una especie de celebración popular, donde celebramos con un orden como es en la liturgia, pero su papel no es sustituir la vida ni las exigencias cotidianas, sino poder estar alentados por la procesión para vivir mejor nuestra vida al servicio de los demás. A veces pensamos que la liturgia sustituye a la vida, no, la liturgia es un aliento para la vida, y así también es la procesión: para vivir nuestra vida según la voluntad de Dios.

En estos dos textos que hemos visto hoy día, el Señor genera, por su Palabra, un dinamismo en las dos personas que son los principales actores: Jonás y el legista.

A Jonás le dice: “Ve a Nínive y anuncia la Palabra” ¿Qué hace él? Se va a España, toma su pasaje y se escapa. ¿Por qué? Porque él tiene un problema: según Dios, él tiene que ir a anunciar el Evangelio; y según Jonás mismo y su religiosidad, tiene que estar en contra de los ninivitas porque le habían destruido el norte de su país. Y como buen hebreo, los odia a muerte. Y, entonces, decide no ir y se va a España.

Y viene toda esa historia de Jonás que todos conocen (que no hay que confundir con la de Pinocho). El Señor le insiste “¡A Nínive!”, porque la voluntad de Dios no coincide, a veces, con lo que nosotros sentimos o pensamos; a veces, estamos enamorados del “dios” que nosotros hemos inventado. Pero el Señor, por medio del Señor de los Milagros, nos rectifica y nos dice: “Yo estoy siempre con ustedes”, pero, simultáneamente, hay que ir donde “Yo les digo”...sigan su Palabra, déjense inspirar.

En ese sentido, por otra parte, el Papa Francisco nos dice, a través de la parábola del samaritano, que Jesús está haciendo que estos señores, que son un sacerdote y un levita que ven al herido, dan una vuelta y se siguen, están llamados a una aventura. ¿Dónde está la aventura principal? Está en el herido ahí, que me llama, que tiene necesidad. Por lo tanto, tengo que salir de mí mismo, de mis quehaceres e irme a servirlo. Pero el

levita y el sacerdote se van, huyen, igualito que Jonás, con sus rabias, y se van a hacer sus tareas: ir a su templo, a su misa, a ayudar a la gente pero en su templo.

Y hay uno nomás, que es el samaritano, que era despreciado por los hebreos porque era hebreo, pero “hebreo de segunda clase”, como algunas personas piensan en nuestro país: “peruanos de segunda clase”.

Bueno, esa persona que era despreciada siente, ve al herido y siente, y se pone a servirlo. Y es muy bonito porque, yo he contado más o menos trece acciones que hace: se detuvo, lo miró, sintió compasión, lo cargó, lo curó, lo llevó y así... son trece gestos que nos cuenta el capítulo 10 de Lucas. Y dice que este “extraño en el camino”, que es distinto tanto de Jonás como de los otros dos (el levita y el sacerdote), es una persona común y corriente, un samaritano despreciado que **tiene compasión y hace la voluntad de Dios**. Él cumple realmente con la ley, porque la ley no es un cumplimiento formal, sino un cumplimiento real, de vida con el Otro.

Por eso, el Papa dice:

“Jesús cuenta que había un hombre herido, tirado en el camino que había sido asaltado. Pasaron varios a su lado, pero huyeron, no se detuvieron. Eran personas con funciones importantes en la sociedad, pero no tenían en el corazón el amor por el bien común. No fueron capaces de perder unos minutos para atender al herido o al menos para buscar ayuda. Uno, en cambio, se

detuvo, **le regaló su cercanía**, lo curó con sus propias manos, puso también dinero de su bolsillo y se ocupó de él. Sobre todo, le dio algo que en este mundo ansioso retaceamos tanto: **le dio su tiempo, su tiempo**. Seguramente él tenía planes para aprovechar aquel día según sus necesidades, compromisos o deseos. Pero fue capaz de dejar todo a un lado ante el herido. Y sin conocerlo, lo consideró digno de dedicarle su tiempo”.

Hermanos y hermanas, hoy en esta Misa por la Nación, el “**Perú herido**” requiere tiempo para ordenarse, madurar, necesitamos tiempo para acercarnos unos a otros, para tratar nuestras cosas, nuestras pasiones, nuestros odios, nuestras ambiciones, pero también nuestros sueños, anhelos y esperanzas. Y comprender cómo hemos de imitar algunas y responder a otras más urgentes, atendiendo a lo más necesario, posponiendo lo accesorio, venciendo la enorme indiferencia que se ve en ciertos sectores.

Y yo quiero agradecer, a nombre de la Iglesia, a todas las personas que entre los años de la Pandemia y todo este año, estamos colaborando mutuamente en las acciones de servicio. Ustedes le están dando su tiempo, parte de sus menestras y sus frijoles para las ollas comunes. Y estamos convirtiéndonos en un pueblo samaritano, y también a la Hermandad y a las hermanas nazarenas carmelitas, que lo hacen todos los días con el comedor del Monasterio, porque somos samaritanos que tenemos que salir al encuentro de quien sufre.

A Jonás, que huye de ir a predicar a enemigos que él odiaba, Dios le hizo pasar una experiencia de sufrimiento para que comprenda que también en Nínive hay un pueblo que no sabe distinguir el bien del mal y requiere ayuda. A este legista, maestro de la ley, lo invita a ir más allá de la interpretación formal de la ley. ***A ambos los invita a sacar de sus comprensibles razones e intereses para abrirse al clamor que brota del pueblo perdido y del pueblo herido.*** Podríamos decir que nos interpela una y otra vez, sobre todo, hoy que los tambores de la guerra suenan y el descalabro de los ímpetus y las ambiciones y arrogancias cogen a las naciones y a los pueblos por la profunda crisis en que está el mundo que hemos construido a espaldas de los últimos de la tierra.

Por ello, en esta Misa por la Nación, dispongámonos a despojarnos de las ideas religiosas que nos acechan por la costumbre. Voy a repetir algunas ideas religiosas que tenemos nosotros que hay que superar para que nuestra religión sea límpida y sea como la del samaritano.

Por ejemplo: “A mí, mi diosito me resuelve todo y me justifica todo. Y, por eso, le prendo velitas”. Dios nos ama, está con nosotros, podemos prenderle velitas con todo cariño, pero por cariño, no porque me apoya o por interés, sino porque es gratuito.

“Yo le rezo siempre y le prendo las velitas, y Él me da lo que quiero. Ayúdame, Señor, para que, cuando asalte un banco, me lleve todo”. Hay algunos que rezan así en nuestro país. Es

verdad que nuestro Señor nunca nos abandona, hermanos y hermanas, inclusive, al delincuente, al drogadicto, a la persona que está en problemas, al asaltante o al robador de bancos, pero es cierto que cuando el Señor está con nosotros es para comunicarnos su misericordia y aprender a ser misericordiosos. Porque solamente cuando somos misericordiosos como el Señor, podemos, entonces, ser felices y dar felicidad.

Todos podemos convertirnos. No hay que huir de sentir la compañía del Señor. El Señor no nos dice: “si te portas mal, ya no te quiero. Y si te portas bien, te quiero”. El Señor nos ama lo queramos o no lo queramos, Él siempre está con nosotros y nos perdona, pero es de nuestra parte hacernos el bien a nosotros mismos aprendiendo a ser como Él.

Por ello, en esta Misa por la Nación, despojémonos de esas maneras de pensar, porque son actitudes religiosas individualistas que requieren ser superadas para vivir una religión y una vida cristiana auténtica. El Señor nos ama gratuitamente y nos ayuda por su sola presencia en la Cruz, llamándonos a ser todos transparencia de su servicio generoso y gratuito en la Cruz. Por eso, no hacemos todo este mes de homenajes para ponerlo al Señor de nuestro lado y nos sirva para nuestros intereses utilitarios. Hacemos esta muestra de nuestro agradecimiento porque el Señor siempre está a nuestro lado y nos llama a transparentarlo y nos transforma, y le damos gracias porque va avanzando su amor en nosotros.

Los peruanos, poco a poco, nos estamos volviendo un pueblo samaritano, un pueblo que sabe colaborar y ayudarse. Tenemos todavía muchos impedimentos, pero vamos a ir a una cosa que a todos ustedes les gusta y que ayer también mencioné: el Señor de los Milagros nos ha dejado tal huella a todos los peruanos, que las bases de nuestro Estado independiente están reposando siempre sobre personas que lo fundaron con ese sentido de amor generoso.

Revisemos los héroes nacionales que tenemos: todos han sido educados en el amor y en el servicio, desde José Gabriel Condorcanqui, María Parado de Bellido, Miguel Grau, Francisco Bolognesi, José Olaya (nuestro pescador). José Abelardo Quiñones, Jorge Chávez, Alfonso Ugarte, María Elena Moyano y tantos hermanos y hermanas nuestros que pensaron en todos, especialmente, en los más pobres, y realizaron su vida plenamente en el amor abnegado y de servicio. Ojalá todos los que estamos en la dirección del país seamos como ellos, ¿no es cierto?

A veces, nosotros no nos damos cuenta. Cuando yo pienso en la Hermandad - ayer lo decía en la Misa - ellos se apoyan y se ayudan. Además, a José lo han reelegido varias veces porque es buena gente, es servidor. Y tenemos que aprender todo ese camino.

Al volver al Señor de los Milagros en la procesión de cada año y en esta Misa por la Nación, volvemos a la médula más profunda de nuestra identidad Peruana Samaritana, y ella interpela y



cuestiona cualquier otra idea de nación, como la que dice que la nación “es mi negocio”, la nación “es mi chacra”, que es muy común y que prescinde de que somos una promesa, como la promesa que Dios hizo a Abraham: “Sal de tu tierra y ve a la tierra que yo te mostraré. **Sé tú una bendición**”.

El Señor no nos bendice para que nos quedemos quietos, sino para que **nos volvamos benditos y seamos bendición para el Otro**. Esta promesa sólo puede cumplirse haciendo caso a la esperanza que tienen todos los peruanos, esperanza de que se reconozcan sus iniciativas, sus búsquedas de participación, su anhelo de justicia y seguridad, su búsqueda de una democracia amplia y ancha, su anhelo de salir de la pobreza y del hambre, su anhelo de esperanza, de paz y de respeto por todo derecho humano.

La inmensa mayoría de los peruanos sentimos en nuestro corazón que el amor gratuito que Jesús, el Señor de los Milagros, nos ha comunicado, suscita la sensibilidad por todos, especialmente, por los pobres. **Y este es el único camino de la salvación del Perú**.

Que Dios nos bendiga en esta Misa por la Nación, y que ahora que estamos aquí, la nación en su pueblo representada, que sigamos adelante en este camino de amor, de justicia y de paz.

Amén.